

## Jorge Millas



### *ANIMAL DE PRECISIÓN<sup>1</sup>*

Siempre recordaría Alicia la conferencia que no entendió, pero gracias a la cual tuvo un atisbo en ciertas formas de la sabiduría, hasta entonces desconocidas para ella.

Todo se originó en su encuentro con el viejo búho.

Aquella tarde había conseguido ponerse por algunas horas fuera del alcance de la Reina de Corazones y su cortejo de naipes, y pensaba por qué los Reyes de Baraja eran siempre feos. Hasta se había puesto a imaginar unas cartas con donceles, guerreros helenos y tímidas princesas. Pero el búho la sacó abruptamente de sus cavilaciones y, por contraste, la nueva baraja le pareció aburrida.

El animalejo había aleteado fuertemente, como para llamar la atención, yendo a posarse, sin más ruido e inmóvil, en una rama cerca de ella. La miraba con fuerza y fijeza y Alicia creyó oírle decir cosas terribles, que no se escuchaban. Ella lo miró también, imitando su inmovilidad y silencio, sólo para verificar que era inútil, pues cuanto podría decirle sería mejor dicho con palabras. No obstante, permaneció en esa actitud por algún rato. Bien pudiera tratarse de un pajarraco sin sesos, ante el cual ella podía ser igualmente testaruda. Pero el ave no se inmutó y Alicia llegó a suponer que ya no estaba viva y había muerto allí,

---

<sup>1</sup> Cuento incluido en el libro *Escenas Inéditas de Alicia en el País de las Maravillas* (Págs. 103-116). Santiago: Pehuén. 1985.

parada en una rama y con los ojos abiertos. También se dio cuenta, aunque más a disgusto, que había perdido el desafío y debería hablarle ella primero.

- ¿Por qué me miras tanto? -le preguntó.

El búho hundió imperceptiblemente la cabeza en su collar de plumas y Alicia casi vio girar en torno a sus ojos los círculos amarillos que los rodeaban.

-¿De dónde sacas que estoy mirándote? -le dijo con voz displicente, al cabo de unos segundos.

-Porque te estoy viendo -replicó Alicia, sorprendida de tan ociosa pregunta.

-Entonces tú me estás mirando a mí y yo podría preguntarte lo mismo -gruñó el pájaro.

A Alicia no le impresionó esta salida de persona testaruda, e iba a decírselo, pero el ave no le dio lugar.

-Así, pues, hazte tú la pregunta, y la respuesta valdrá para la que me haces a mí.

-Pero si fueras un pájaro cortés -dijo la niña- evitarías todo enredo y me contestarías directamente.

-El enredo es tuyo y no mío -replicó el búho-. Primero, yo no soy cortés y, segundo, no veo necesidad de preguntarme por qué te estoy mirando. Si tú te lo preguntas, es cosa tuya. No abrumes al prójimo con tus problemas personales.

La admonición final fue para Alicia realmente insoportable, sobre todo porque el búho pretendía ser su prójimo. Ante ello, temió lo peor, pues nada era imposible en esta tierra de maravillas por donde andaba. Se tocó la cara con disimulo y se miró el vestido. Pero no, no estaba cubierta de plumas y, por tanto, no se había convertido en lechuza. Era un alivio, sin duda, pero el avechuchu aún la incomodaba con su mirada fija y su aire taciturno.

Alicia recordó que era el pájaro de la sabiduría, compañero de Palas Atenea. “Vaya gustos de la diosa”, pensó. “El señor Dodgson sabrá explicarme por qué a esa dama le gustaba una criatura tan rara, que sale a cazar de noche. ¿Puede ser tan terrible y nocturnal la sabiduría? Y si es así, ¿por qué en la escuela se empeñan en que yo sea sabia?”.

Pero el búho interrumpió sus pensamientos.

-¡Uh, uh! -dijo, casi sin emitir sonido alguno.

-¿Qué? -preguntó Alicia, segura de no haber oído bien.

-¡Uh, uh! -repitió el búho.

-Y eso, ¿qué quiere decir? -insistió la muchacha.

-Lo mismo que cualquier otra cosa; por ejemplo, que no te diviertes.

-Es difícil divertirse contigo -le reprochó ella.

-No lo intentes, entonces, pero sígueme y verás. Voy a escuchar una conferencia sobre la precisión. La entrada es libre y acudirán todos los animales de la comarca.

-Pero yo no quiero saber nada de la precisión -se defendió Alicia.

-Nunca quiere uno saber lo que dicen en las conferencias -explicó el búho con tono pedante-, pero va a ellas para que no deje de haberlas.

-¿Y qué importa si no las hay?

-¡Uh, uh! -volvió a repetir el ave.

-¿No sabes decir otra cosa?

- Digo sólo lo necesario. Y ahora, vamos.

Por primera vez desde su instalación en aquella rama, mostró verdadera actividad de cosa viva: estiró la cabeza y levantó el vuelo, un vuelo silencioso, como de sombra. Alicia se sintió embrujada y marchó prácticamente arrastrada por el ave, aunque a poco de seguirla fue consolándose con la idea de que no sería malo dejarse guiar por el ave de la sabiduría.

La conferencia había empezado cuando ingresaron en la sala. Era un aposento semicircular, formado entre rocas, a la entrada de una antigua osera. Aprovechando graderías naturales, el auditorio estaba distribuido del suelo al techo. Lo formaba un conjunto abigarrado de animales, que movían los ojos acá y allá, examinándose unos a otros y fijándolos sólo por casualidad en el disertante.

-¡Precisión, precisión antes que nada! -clamaba éste, cuando Alicia logró acomodarse en una piedra, entre un pequeño chimpancé y el búho, vuelto a su postura de pájaro embalsamado.

-¡Precisión, precisión antes que nada! -repitió el profesor-, mirando fijamente a la recién llegada, como para hacerla aprovechar de la instrucción.

En verdad, Alicia había oído desde la primera vez, pero ni siquiera en la segunda se dio cuenta de la enseñanza. En cambio, cogió el ritmo de la frase y por algunos segundos estuvo diciéndose “precisión, pre-ci-sionantesquena-da”, llevando el compás con los dedos. “Es un endecasílabo”, pensó. “No muy bueno, pero tal vez pueda servir para mis clases de métrica”.

El conferenciante hizo una pausa y Alicia reparó en él. Era un hermoso gato negro, manchado de blanco. Sus ojos parecían luminosos y a Alicia le gustaron.

-El lenguaje de todos los días -continuaba el gato- debe adquirir precisión, lo cual supera a la propia claridad.

-¿Entonces, la claridad no es precisa, profesor? -interrumpió una voz-. Todos dieron vuelta la cabeza, la voz venía del techo y Alicia no supo quién había hablado.

-Muy buena pregunta -comentó el gato- aunque irrelevante.

Ahora sólo nos interesa lo preciso de la precisión misma. Y es mucho: ¡todo en ella es precisión!

“Tiene razón”, pensó Alicia, sospechando, sin embargo, la inutilidad de tenerla.

-Si, por ejemplo -agregó el animal- ustedes dicen “los trenes transportan carga y pasajeros”, son imprecisos, porque los trenes pueden llevar carga sin pasajeros y llevar pasajeros sin carga. Y si dicen “los trenes transportan pasajeros o carga”, también inducen a confusión, porque los trenes pueden llevar carga y pasajeros. Por eso debemos decir “los trenes transportan carga y/o pasajeros”.

El búho se movió un poco junto a Alicia y exclamó “¡uh, uh!”.

-¿Qué dice usted? -le preguntó el profesor, algo irritado. Pero el pájaro había vuelto a su inmovilidad y no se dignó contestar.

El gato siguió:

-Difícil sería encontrar mejor ejemplo de lo que puede llegar a ser la matemática del lenguaje cotidiano: “y/o” es un semantema perfecto, pues expresa con rigor cuanto se quiere decir, ni más ni menos.

Se volvió al pizarrón que tenía detrás y escribió:

y/o = "y" o "o"

-Hay aquí -explicó, escribiendo de nuevo- tres significados en uno: y, o y (y o o). Vean ustedes cómo toda esta complejidad del habla se reduce sólo a un preciso y sobrio signo:

y/o

-¿Hermoso, verdad? -agregó, después de poner enérgicamente un punto a y/o.

-Yo lo encuentro feo -dijo Alicia, causando expectación general.

-¿Y ésa? -exclamó un zorro juvenil, afanado hasta ese momento en su cuaderno de notas.

-¡Vaya, vaya! -dijo por su parte el conferenciante-. He aquí una de esas personas escépticas que, siendo inteligentes son, cuando no ignorantes, confusas y, a menudo, tanto lo uno como lo otro. Sin considerar que son, además, pedantes o mal educadas, y aun ambas cosas a la vez. ¡Profesor! -lo interrumpió una voz muy ronca.

-¡Si, cómo no! -contestó el gato, inclinándose hacia una tortuga que hablaba desde el suelo.

-¿No sería más propio decir "personas inteligentes y escépticas e ignorantes y/o confusas y pedantes y/o mal educadas?"

El gato pestañeó, se lamió la pata con que aun sostenía la tiza, pero reaccionó entusiasmado.

-¡Exacto, exacto! -exclamó, tragando un poco de saliva-. Y dirigiéndose a Alicia:

-Ahí tiene usted otro magnífico ejemplo de precisión y de elegante simplicidad en el uso de los signos. Pero eso es para usted muy feo, ¿no es así?

-Es detestable -replicó Alicia con aplomo, aunque pensando siempre cuán bellos eran los ojos del gato.

-Si hemos de ser precisos, el adjetivo "detestable" está sobredimensionado -arguyó el profesor.

-¡Sobredimensionado! ¡Sobredimensionado! -carearon vanas voces en la sala.

Pero Alicia no se inmutó.

-La precisión es ridícula -dijo- cuando no hace falta y es sólo... sólo...

-¡Uh, uh! -sopló nuevamente el búho.

-... pedantería -concluyó Alicia, no sin alivio por haberse acordado de esta última palabra, tan frecuente en las pláticas del señor Dodgson. Le preocupó, sin embargo, ignorar si la había empleado correctamente, lo cual no podrá averiguarse ahora, porque el disertante continuaba el debate.

-¡Niña, cómo te confundes! -le decía-. La pedantería es pedante, por supuesto, pero la precisión es precisa: cuestión de simple lógica. Siempre ha de evitarse la transmutación de los géneros.

Estas palabras quedaron resonando en la sala, en medio de un impresionante silencio. Alicia misma se sintió embargada de temor ante la transmutación de los géneros, pensando que podría ser peligrosa, después de todo. Además, se dio cuenta que muchos concurrentes la miraban con gesto de desaprobación no menos temible.

Por suerte el profesor retornaba ya el hilo de sus explicaciones:

-A menudo nos conformamos con expresiones tan imprecisas como inelegantes -advirtió-. Ustedes mismos pueden hacer la prueba, dirigiendo esta pregunta a un buen número de

personas: “¿Dónde adquiere usted el pan todas las mañanas?” Sin temor a equivocarme, puedo anticipar, con margen de incertidumbre  $i = 0$ , que la respuesta será “en la panadería”.

-¿Dónde debe adquirirse, entonces? -interrumpió con ansiedad una garduña, sentada no lejos de Alicia.

-No me refiero a eso -respondió el conferenciante-. El lugar mismo carece de importancia, no así la manera de señalado por medio del lenguaje. “En la panadería” es una expresión imprecisa, amén de vulgar. Introduce un coeficiente de indeterminación en la noticia solicitada. ¿Dónde adquirimos realmente el pan?

El gato hizo una pausa, dirigiendo a los oyentes una mirada misteriosa. Alicia notó gran expectación en el ambiente.

-No *en* la panadería -continuó el profesor-. “En la panadería” no alude a todas las situaciones posibles: ¿lo adquirimos *dentro* de la panadería?; ¿*a la puerta* de la panadería?; ¿*encima* o *debajo* de la panadería?; ¿y si lo entregan *detrás* de ella? Esta incertidumbre sólo se evita expresándonos con propiedad. En verdad, el pan se adquiere “a nivel de panadería”.

Una sensación de alivio pareció descargar la tensión del auditorio.

Se oyeron algunas exclamaciones de aprobación. Alguien dijo: “por suerte lo hemos sabido a tiempo”.

-¡Bravo! -chilló un cuervo y se cambió de lugar, aleteando por encima de los concurrentes.

El conferenciante le hizo un gesto amistoso con la pata y continuó:

-No hay razón alguna para no dar a nuestros diarios pensamientos la exactitud de las ciencias. En otros tiempos podíamos conformarnos con vaguedades y pensábamos, por ejemplo, que nuestros niños iban a la escuela a aprender y los maestros a enseñarles.

Nuevamente subió de punto la atención del auditorio. Alicia se inclinó para no perder palabra: le interesaba, después de todo, saber qué hacían con ella en la escuela.

Eso está superado, gracias a la precisión de las ciencias pedagógicas -continuó el profesor-. ¡Qué alegría poder decir ahora que los niños van a la escuela a participar en el proceso de enseñanza-aprendizaje!

Alicia volvió desencantada a su posición de descanso. No le pareció ver más claro en el asunto de la escuela y, al contrario, acordándose de la señorita McGuire, su maestra tan dulce y alegre, pensó que ella tendría miedo de verse metida en un proceso de enseñanza-aprendizaje.

El profesor, en cambio, sonreía. Dio algunos pasos en torno a la mesa levantando ambas patas delanteras, como si intentara abrazarlos a todos, los quedó mirando en actitud arrobadora. El auditorio anticipó una nueva revelación. Y así era, en efecto.

-Llegará el día -dijo- en que sólo diremos cosas necesarias y exactas, reguladas del modo más estricto por las ciencias de la comunicación. Nuestro discurso será a la vez simple y complejo: simple, porque se compondrá de pocas palabras, y complejo, porque esas palabras se ordenarán en rigurosas estructuras. Podremos entonces comunicarnos como lo hacen ya los lógicos cuando hablan, por ejemplo, de los conjuntos infinitos y dicen “todo conjunto formado por la reunión de los conjuntos enumerables de conjuntos enumerables,

es enumerable". ¡Qué belleza!

El auditorio escuchaba como si se hubiera petrificado. Alicia se distrajo para observarlo, y pensó cuán difícil sería decir si se hallaba extasiado o aturdido. Sólo el búho se atrevió a interrumpir, aunque despacito.

-¡Uh, uh! -se le oyó sugerir.

-¡Basta ya de comentarios sin sentido! -protestó el conferenciante-. Debemos empezar a prepararnos ahora mismo para los bellos días en que sólo enunciaremos proposiciones claras y distintas. Todo cuanto entonces digamos, será verdadero, porque nuestro lenguaje se someterá a la lógica. La lógica sólo contiene proposiciones verdaderas.

Alicia iba a decir algo, pero habló primero un joven canguro.

-En eso no estoy de acuerdo -dijo-. Algunas cuestiones lógicas han de ser falsas para que la lógica muestre que lo son y pruebe así que ella misma es verdadera, pues si no, jamás sabríamos cómo es ella y habría que decir, simplemente, "la lógica es verdadera y/o falsa", lo cual es raro.

-Raro o no raro, es absurdo, mi amigo, porque sobra la "y". Basta decir "la lógica es verdadera o falsa", verdad a su vez verdadera por sí misma, como todas las verdaderas irrefutables.

-¿Y no se compone la lógica sólo de verdades irrefutables? -preguntó nuevamente el canguro.

-¡Por cierto! -replicó el disertante, casi ofendido.

-Entonces, ella es verdadera -razonó el canguro.

-¡Naturalmente! Eso ya lo he demostrado -recalcó el gato.

-En consecuencia, no es exacto que la lógica sea verdadera o falsa y, por lo tanto, la lógica misma que lo admite resulta ser falsa con toda precisión.

Alicia no entendía ya nada del asunto. "¿Por qué me dejaría yo traer a esta conferencia?", se preguntó, mirando al búho de reojo.

La conclusión del canguro pareció gustarle al maestro, a pesar de todo. Lo miró con simpatía, pero nada le dijo de momento. Cerró los ojos y dio la impresión de extasiarse repentinamente en un mundo interior. Nadie supo qué maravilloso espectáculo contemplaba, pero se le oyó decir casi cantando:

Todo es bien redondo  
 todo bien cortado;  
 no hay nada tan hondo  
 que no esté delineado.  
 Nada es ilusorio  
 ni hay realidades:  
 todo es una x  
 con dos modalidades.  
 Sólo hay estructuras  
 de perfil preciso  
 que un nuevo lenguaje  
 de expresiones duras  
 ha de revelarnos  
 exacto y conciso.

No hay mucho en el mundo  
 ni hay pensamiento;  
 sólo en el lenguaje  
 se detiene el viento.  
 Las palabras dicen  
 pío, pío, pío,  
 no por tener hambre  
 ni por tener frío  
 sino porque buscan  
 su propio sentido.

La lógica misma  
 sucumbe al hechizo  
 y en exactas leyes  
 logra demostramos  
 que hasta sus axiomas  
 son juego sencillo.

Nadie diga "existo"  
 diga "un x tal que con signo previsto  
 en discurso neto  
 se ha cuantificado  
 para ser sujeto".

Todo es bien redondo  
 todo bien cortado:  
 no queda misterio  
 para ser narrado.

El éxtasis duró lo que el canto. Acabado éste, el gato abrió los ojos y volvió a mirar al canguro, como si no hubiera interrumpido la comunicación con él.

-¡Bravo! -le dijo-. Si la lógica es precisa, bien se puede hacer el harakiri. Ya ven ustedes cómo la precisión nos permite alcanzar resultados imponentes. ¿No sienten irrumpir en ustedes la alegría de los grandes descubrimientos?

Estas palabras tuvieron un efecto un tanto ilógico. Los auditores las saludaron con una aclamación y se pusieron a gritar y a brincar alborozados. Algunos se descolgaron del techo, otros rodaron por el suelo, haciéndose cosquillas. Alicia, bastante asustada, los vio correr de un lado para otro, empujándose, abrazándose y, en algunos casos, tirándose de las colas. A duras penas se libró del chimpancé, que había saltado sobre ella, despeinándola, y fue acercándose a la salida, en medio del remolino.

Bailemos y/o cantemos -oyó decir al gato en ese momento.

Al llegar a la puerta, se había logrado un poco de calma y alcanzó a ver cómo se iniciaba el baile, en grupos y en parejas.

Afuera encontró al búho, quien, al verla, sacudió la cabeza. Alicia se alejó corriendo y le pareció oír "uh, uh" a sus espaldas. Tuvo dudas, pero no quiso volverse a averiguarlo.